CAPITULO III

EL FUNDAMENTO CULTURAL

El fundamento cultural de la política educacional es otra de las claves que orientan la elaboración de sus estrategias y surge de la realidad cultural que envuelve al hombre. Pero el concepto de cultura, como el de sociedad, tiene una problemática difícil, sobre todo en momentos de transición en los que se construyen modelos y paradigmas, a veces contrapuestos, en todos los ámbitos de la actividad humana. Porque son muchos y distintos los supuestos, perspectivas y principios utilizados para construir el concepto de cultura que, como tantos otros, ha sufrido con el tiempo procesos de ajuste y delimitaciones.

Sin embargo, a pesar de las diferencias de enfoque, es posible hablar de un consenso acerca de determinados elementos constitutivos y de algunas características que sostienen la mayor parte de las conceptualizaciones. Así, por ejemplo, casi nadie niega que la existencia natural del hombre es la vida con cultura, rodeada de las cosas creadas por él, o que entre el medio ambiente natural y el hombre "se interpone un medio ambiente humano", mucho más significativo que aquel (R. Linton).

También parece afianzarse un concepto dinámico de cultura que, en el contexto teórico y práctico de la política educacional, es uno de los elementos que responden a la problemática del hombre contemporáneo. Es decir, un concepto en el cual la cultura es mucho más que lo dado, lo recibido y lo transmitido.

El carácter dinámico de la cultura

Uno de los presupuestos que perfilan hoy el concepto de cultura es su *carácter dinámico*. La cultura se manifiesta entonces como un proceso histórico y social, que se interpreta y se transforma en la experiencia vital y permanente de los pueblos para ser transmitida a las sucesivas generaciones. De modo que cada cultura debe establecer el tipo de proceso a través del cual va a organizar el aprendizaje y desarrollar las capacidades de sus miembros en lo que se conoce como "socialización" e "inculturación".

También el dinamismo configura un ámbito en el cual interactúan múltiples centros con capacidad organizativa propia y se articulan distintas fuerzas con diferentes grados de movilidad. Es probable que en este contexto existan incompatibilidades y puntos de vista opuestos, pero también es cierto que las sociedades democráticas cuentan con los instrumentos adecuados para lograr el equilibrio y la continuidad. Entre esos instrumentos se mencionan, por ejemplo, los complejos normativos que garantizan la aplicación de las decisiones y estrategias de la política educacional.

Modernidad, posmodernidad y cultura

A partir de la afirmación del carácter dinámico de la cultura, innumerables hipótesis traducen "los signos de los tiempos" y podría decirse que en casi todas está presente, con juicios favorables o adversos, un replanteo que penetra los distintos ámbitos de la cultura y de la vida social: el de *la posmodernidad*.

Tampoco es un tema fácil de tratar, debido a la disparidad de puntos de vista que han propuesto una definición. En efecto, "posmodernidad" es - según afirma Hans Kung - un término problemático y confuso que pretende designar el nacimiento de una nueva época en este final de siglo. Sin embargo, de acuerdo al pensamiento de Jean - François Lyotard, no es una época sino un modo característico de pensamiento, de sus enunciados y de la sensibilidad.

También se ha hablado del debate "modernidad - posmodernidad" y de la modernidad como de un "proyecto incompleto" que, con distintos contenidos, intentó expresar la actitud de un momento histórico que se contraponía al pasado y se consideraba la consecuencia de "una transición de lo viejo hacia lo nuevo" (J. Habermas).

Para algunos autores, posmodernidad es una "expresión equívoca" , de búsqueda, que será necesario precisar si se quieren establecer los límites entre esta nueva época y la ya clásica modernidad, porque la posmodernidad se presenta "sin duda como antimodernidad" (J. Habermas). Pero Kung sostiene, por su parte, que "posmodernidad no es antimodernidad, ni ultra modernidad" y, contradiciendo las interpretaciones que le atribuyen contenidos propios, habla de la posmodernidad solo como del tiempo que le sigue a la modernidad.

Como *la transición entre la modernidad y la posmodernidad* fue un proceso largo y conflictivo, tampoco hay unanimidad para determinar la fecha aproximada de su comienzo, que muchos han fijado a partir de los años setenta. Otros, como Kung, la ubican al finalizar la Primera Guerra Mundial, en 1918. El mismo autor establece el comienzo de la transición cuando el "desmantelado" mundo de la modernidad - que se inició con Descartes y con la ciencia de Galileo - dio paso a las nuevas situaciones sociopolíticas y culturales que acompañaron la ruptura del eurocentrismo y el surgimiento de una constelación policéntrica de diversas regiones del mundo.

Pero que la Edad Moderna está muriendo no es tema de discusión: hace ya cuarenta años Romano Guardini anunció *El fin de los tiempos modernos* y Gianni Vattimo sostiene que se habla de posmodernidad porque, en muchos de sus aspectos fundamentales, la modernidad ha concluido. Las discusiones continúan hoy alrededor de la denominada *cuestión post*, cuya diversidad de contenidos, muchas veces opuestos, ha dado lugar a las más diferentes interpretaciones. El prefijo "post" aparece como un término ubicado, con una indudable seducción para la cultura mediática y también como el intento de ser el puente hacia un futuro promisorio, a la vez que indica el adiós a la modernidad (T. Maldonado).

Según otros autores, el término posmodernidad configura un entramado de conceptos y pensamientos "post" (*posindustrialismo, posracionalismo, poshistoricismo, posmoralismo*), con el que trata de articularse a sí misma la conciencia de un cambio de época, aunque - como se ha dicho con perfiles confusos, imprecisos y ambivalentes.

La misma *ambivalencia* dificulta el trazado de los límites entre la modernidad que muere y la posmodernidad porque, como también se ha observado con sentido crítico, el posmodernismo no es un movimiento unívoco que solo reconoce determinados

codificadores. Es, por el contrario, *una corriente multitudinaria* con muchas tendencias que responden a las características de ciertas modas intelectuales: consignas repetidas una y otra vez; concentración de unos pocos temas reiterados hasta el hartazgo; superficialidad en los análisis; supuestos y principios aceptados casi sin discusión; concordancia en los textos; cuestionamiento de los valores ético - sociales, culturales y educativos vigentes (C. Geertz, J. Clifford y otros).

Vattimo, uno de los nombres más significativos de la posmodernidad, afirma que esta expresa el "advenimiento de la sociedad de la comunicación" o, mejor aún, de la sociedad de los mass-media". Tal vez por estas razones Arthur Kaufmann hace suya la caracterización de la posmodernidad de Kurt Sontheimer: "una llave maestra poco utilizable para un riguroso análisis científico".

Las hipótesis y puntos de vista sobre la posmodernidad muestran las dificultades para encontrar una definición que contemple sus múltiples aspectos y sus ideas sobre la realidad y la cultura. De modo que la posmodernidad tampoco puede pretender convertirse en la interpretación uniforme del mundo en que vivimos, como advierte Kung. Pero si se profundizan las síntesis propuestas y los innumerables análisis que se han hecho sobre el tema, existe en todos ellos una "cuestión clave": la de la "creación cultural en sentido estricto". Es decir, no puede hablarse de cambio social, de transición o de nuevos paradigmas si no se enfrenta el problema de la cultura, porque "de hecho se lo afronta, hágase lo que se haga" (C. Castoriadis).

Posmodernidad y cultura son, hoy, realidades cuyos contenidos, a veces convergentes y otras contrapuestos, están profundamente interrelacionados.

Cultura y crisis

En la actualidad, las interpretaciones más generalizadas del concepto de cultura son aquellas que la enfocan desde la perspectiva de la crisis, entendida como un hecho que en tiempos de transición y cambios afecta todos los aspectos de la vida social. A esto se agrega que la idea de crisis como punto de referencia parece estar presente en la mayoría de las investigaciones educativas y culturales. De allí la afirmación de Subirats: "La palabra crisis señala hoy una profunda escisión y disolución interior de nuestra cultura, bajo los diversos factores sociales, tecnológicos y económicos que la condicionan".

Y como la crisis se profundiza cada vez más, se afirma que lo primero que aparece es el vacío. Para ocultar su magnitud y la desorientación que lo acompaña, se construyen "fachadas" y "máscaras" utilizando antiguos valores históricos, éticos o estéticos con el fin de presentar, ocultas bajo un barniz ya conocido, las nuevas fachadas culturales. La fachada llega a ser, de esta manera, "el único principio válido de identidad" (E. Subirats).

Vacío y fachada son, para muchos autores, los rasgos más significativos de la *crisis de la cultura*. Sin embargo, ninguna cultura se termina sin que su deterioro se manifieste paulatinamente y durante mucho tiempo no solo en los sistemas de valores, en las costumbres y en las tradiciones, sino también en el desinterés por el mantenimiento del equilibrio social.

La transformación cultural fue anunciada por Tönnies, como lo recuerda Subirats, hace ya casi un siglo, cuando sostuvo que los avances industriales y técnicos terminarían con la integración social fundada en valores éticos, religiosos y sociales. La integración sería reemplazada por una sociedad construida como "organización técnica".

Y, desde otra perspectiva, Roger Garaudy consideró, hace cerca de treinta años, que "la conquista de tres infinitos" fue un paso clave para las transformaciones culturales y sociales:

- Entre lo "infinitamente pequeño" ubica el dominio de la energía atómica, que abre la era de la desintegración controlada de la materia y pone en manos de los hombres un poder desconocido hasta ese momento.
- En el grado de lo "infinitamente grande" destaca las primeras exploraciones espaciales que ofrecen posibilidades insospechadas para el desarrollo de la ciencia y de la técnica.
- Con respecto a lo "infinitamente complejo" se produce la revolución cibernética y la producción automatizada.

El hombre está liberado en su capacidad creadora y "sus poderes reales exceden temporalmente su imaginación" (R. Garaudy). Las consecuencias del último infinito parecían poco claras, al punto que el mismo Garaudy expresaba sus dudas frente a una probable salida: "¿Conducirá a nuevas alienaciones de un totalitarismo tecnocrático o a una liberación sin precedentes de las posibilidades creadoras del hombre y de cada hombre?". El desarrollo de la ciencia y la técnica parece haberse ubicado más allá de los niveles de la escala humana, hasta el punto de transformarse en una ciencia ficción convertida en principio de realidad (E. Subirats).

Se habla también de una *descomposición de la cultura* cuando la sociedad no puede pensar ni afirmar nada sobre lo que es, sobre lo que quiere o sobre lo que es - o no - valioso para su contexto sociocultural. Lo que ha hecho pensar que tal vez esté a punto de morir la obra de la cultura en sí, a la que se le reconocía el derecho a perdurar, a ser distinta en cuanto creación personal y a llevar el signo de "su" época. Aquí cabe recordar un párrafo de Cornelius Castoriadis, donde sostiene que la "destrucción de la cultura" - entendida en el sentido de obras del espíritu - está muy avanzada en la sociedad y, en consecuencia, esas obras del espíritu se han convertido en "ornamentos o monumentos funerarios". Solo un cambio radical de la sociedad podrá conseguir que el pasado no aparezca como "un cementerio visitado en forma ritual inútilmente y, cada vez menos, por algunos parientes desconsolados".

Por eso, Giles Lipovetsky afirma que cada vez hay menos obras y más productos que se intercambian, destinados a no durar y a ser descartables. Son infinitas reproducciones de un mismo tipo de cosas. Es una repetición separada de los valores y de las tradiciones vitales que aseguraban la "continuación-variación" de la cultura. Sostiene también que las sociedades contemporáneas se han convertido en kits y servicios express", por medio de un *proceso de renovación y de obsolescencia programado*. Y continúa diciendo que ya no

se vislumbra ninguna utopía, ningún proyecto de transformación del espíritu: el hombre es considerado en el presente, "sin ninguna visión del porvenir".

Es, en síntesis, la crisis que acompaña el fin de la modernidad y la irrupción de la posmodernidad, como resultado de largos procesos críticos. Frente a estos análisis de una cultura en crisis, es preciso tener en cuenta que hoy más que nunca se reclama la creación de nuevos modelos reflexivos, capaces de ofrecer propuestas que puedan convertirse en una salida a la angustia y al escepticismo, y no ser solo alternativas u opciones circunstanciales.

Las tres culturas

Como los anteriores han sido enfoques de una cultura en crisis, parece necesario presentar ahora algunas de las nuevas hipótesis que destacan otros perfiles de la cultura contemporánea. Morin, por ejemplo, considera que *hay muchas culturas* en nuestra cultura y que, si bien la cultura es "una", se presenta con una triple dimensión: cultura humanista, cultura científica y cultura de los medios. Son dimensiones distintas, unas veces complementarias, otras antagónicas, siempre dinámicas, y con sus propios criterios y metodologías para seleccionar, organizar y estructurar el conocimiento.

En la *cultura humanista* hay una clara tendencia a la reflexión desde distintos puntos de vista - filosófico, religioso - , ético, literario, metafísico, etcétera - acerca del hombre, de su realidad, posibilidades y trascendencia. Hoy está en las mejores condiciones para acercarse a la perspectiva de la ciencia, por cuanto importantes "científicos creadores" abren sus hipótesis, proyectos y descubrimientos a la discusión, entre ellos Monod. y Jacob en biología, Reeves desde la astrofísica y la nueva cosmología y Prigogine para la termodinámica.

La *cultura científica*, que adquirió verdadera autonomía en el siglo XIX, fue ahondando "una grieta epistemológica" entre la ciencia y la filosofía y se alejó de los principios de la cultura humanista. El conocimiento debía medirse, formularse y cuantificarse y, sobre todo, convertirse en hegemónico. En tal contexto, se hizo muy conflictiva la comunicación con la cultura humanista y, cuando se lograba, era casi clandestina y marginal. Sin embargo, la cultura científica acepta hoy un cuestionamiento que, de alguna manera, afecta sus principios del conocimiento. Ya nada puede ser analizado en un marco reduccionista y simplificador: el orden del mundo está obligado a reconocer la "copresencia del desorden" y que es una realidad "el fin de las certidumbres" a que alude Prigogine.

Por último, se encuentra la *cultura de los medios*, de los mass-media, producida y difundida masivamente por los medios de comunicación.

La cultura mediática

En los análisis de la cultura de los medios se hacen, entre otras, dos afirmaciones. En primer lugar, que la cultura mediática tiene un papel determinante en el nacimiento de la sociedad posmoderna y, en segundo término, que los *mass-media* permiten caracterizar a dicha sociedad como compleja, conflictiva y hasta caótica.

Por otra parte, el desarrollo de las tecnologías de la comunicación y de la informática conduce a un inmenso aparato de superinformación, frente al cual un hombre "totalmente desorientado ya no sabe qué hacer"(H. Kung). Y la misma lógica del mercado de la informática reclama su continua expansión, hasta el punto de exigir que todo llegue a ser, de algún modo, objeto, de comunicación. Es fácil detectar, sin duda, esta "inflación de la comunicación" que señala Touraine.

Un párrafo de Vattimo resume la nueva realidad cultural: el aumento vertiginoso de la comunicación y el "tomar la palabra" por un número cada vez mayor de subculturas son el efecto más claro de la cultura mediática y, al mismo tiempo, uno de los hechos que "determina el tránsito a la posmodernidad".

Desde otro punto de vista, Geertz encuadra *La interpretación de las culturas* en un marco antropológico. Se trata de un estudio empírico y de un presupuesto particular, en el que el hombre aparece inserto en la "red de significaciones" que él mismo ha creado. Como la cultura es esa "urdimbre", cualquier análisis de la misma debe ser una "ciencia interpretativa en busca de significaciones".

Sin embargo, y a pesar de las diferentes interpretaciones, parece iniciado un proceso de construcción de la cultura que tiene en cuenta como dato de la realidad, además de la transición y el cambio, el núcleo de valores culturales sobre los que se afirman y constituyen las sociedades democráticas, pluralistas, abiertas y participativas. Por otra parte este es, para Morín, "un momento privilegiado de la historia de la ciencia y de la cultura", en el que la educación y la política educacional tienen la gran responsabilidad, de encontrar una respuesta.